

y serás lo indecible, lo inexistente
te negare dos veces
y el alba se hará una afiladísima espuela
te negare tres veces para entonces, habré sido
el gallo que hizo elegías
de tu nombre.

3. Durante el día con su noche
Entrego, condeno, negó y blasfemo de aquel cuerpo
Hasta que vino la llaga a encender sus manos
Desde entonces, lo alaba y lo llora
Por toda la eternidad.

Betssimar Sepúlveda
Estudiante de Literatura Virtual

Un día cualquiera

Un día cualquiera, una mujer cualquiera miraba por una ventana cualquiera. Había algo que nublabla su mente, algo que se paraba de puntitas en la orilla de su razón y dejaba caer rocas sobre su pecho, rocas que golpeaban su corazón, pensamientos redundantes que caían al fondo de un pozo seco, rocas que con cada golpe iban llamando con notas a la nostalgia, sollozos en mi menor.

Ella procuraba observar cualquier cosa, casi nada, cualquier cosa que se moviera, como esa manchita brillante que en el cielo se derretía y por alguna razón goteaba sobre su mejilla. Naufragando su mirada en una nube noto que llovía al revés y eso fue lo único que por un momento le permitió algo de alegría pues sonrió viendo que en el mundo de su ventana llovía al revés, aunque el tiempo siguiera siendo tiempo y ella estuviera empapada por la tardanza.

Mal tiempo fue para darse cuenta que, en un parpadeo o dos, sus gafas se habían empañado, una brumilla densa y salada había cubierto sus lentes los cuales lentamente empezaron a derretirse debido a la concentración de nostalgia en sus ojos, esta al entrar en contacto con la lluvia suele tener un efecto toxico casi mortal, efecto que en su caso logro limpiar todo rastro de melancolía, dejando como resultado un vacío inexplicable listo a llenar.

Poco a poco en el interior del cuarto cualquiera, empezó a llover mientras una mujer cualquiera reía, reía pues era el cielo de su techo el que llovía y no el de sus ojos. El hecho que lloviera como debía ser, calmaba el dolor de las rocas que aun caían sobre su corazón y la lluvia poco a poco se disipaba junto a la neblina en sus ojos, mientras en ellos el sol apenas iba naciendo.

La mujer, vio todo esto desde su cuarto, mientras alguien observaba una mujer en una ventana, jugando con su pelo, sumida en su tristeza queriendo escuchar una historia, un día cualquiera, una persona cualquiera en uno de esos amaneceres lluviosos en los que la soledad se asoma al borde de la razón y la hace derrumbarse para sepultar el corazón.

Juan Enésimo
Bogotá 08 04 11
Estudiante de Literatura Virtual